

LETRAS DEL BRASIL

- No. 5 -

"DOS MUNDOS"

De Aurelio Buarque de Hollanda

Paul RONAÍ

Cada una de las crónicas precedentes de esta serie ha tenido por punto de partida el último libro de un autor brasileño conocido, que nos nutre de pretextos para estudiar sucesivamente el arte de algunas de las figuras más significativas de la literatura brasileña moderna: Augusto Frederico Schmidt, José Lins do Rego, Cecilia Meireles, Carlos Drummond de Andrade, todos autores de una obra ya considerable y que es preciso aceptar.

Es la primera vez que nosotros comentamos aquí el libro de un autor principiante y lo hacemos precisamente porque él significa una iniciación que merece atención especial.

Aunque no había publicado ningún libro antes de "Dos Mundos", Aurelio Buarque de Hollanda era ya una personalidad conocida en los medios literarios de su país. Su conocimiento excepcional del portugués, basado en un interés instintivo por los fenómenos lingüísticos y los estudios profundos y asiduos, ha hecho de él una autoridad en materia de lenguas. Una autoridad que por otra parte no se manifiesta por ningún signo exterior. ¿Quién podría pensar en efecto, cuando se le presenta a ese joven cordial y amable, que tiene siempre una dulce sonrisa en los labios, cuyas actitudes son naturales y francas, sin aires de importancia ni posiciones doctorales, que él ha llegado a ser una especie de conciencia viviente en la lengua? Es necesario ver su escritorio que se hunde bajo el peso de las pruebas y de los manuscritos que diariamente le sonieten los amigos, y en veces hasta los desconocidos que saben que al confiar a él sus libros han tomado la mejor garantía contra las incorrecciones de lenguaje y de estilo, que quieren introducirse hábilmente en las obras de los mejores escritores y que saben que así están colocados al abrigo de toda confusión ortográfica (cosa en el Brasil más frecuente de lo que se piensa, pues allí coexisten actualmente varios sistemas de ortografía). Nunca, desde

la memoria del hombre, Aurelio —es este el caso de adoptar la gentil costumbre brasileña de designar las gentes por su nombre— le ha rehusado ese servicio de amigo a quien se sea, y cuando un día se desee hacer su biografía, será con un grueso legajo de manuscritos ajenos bajo el brazo como él deberá ser recordado.

Por cuanto esta actividad se caracteriza por la utilidad y la abnegación, ella es anónima, de suerte que es imposible suponer su extensión cuando no se está demasiado cerca. Del mismo modo es necesario ser un iniciado para saber que la última edición del "Pequeno Dicionario Brasileiro da Lingua Portuguesa", obra sin precedente y sin igual en su género, donde su nombre es tan justamente mencionado entre un gran número de otros colaboradores, ha sido enteramente revisada y en gran parte refundida por Aurelio Buarque de Hollanda.

El público letrado no lo conocía hasta ahora sino como secretario de la "Revista do Brasil", publicación considerada por justo título como la mejor expresión del Brasil intelectual de nuestros días, y como autor de algunos cuentos publicados a grandes intervalos en diferentes periódicos y revistas. Estas raras manifestaciones han revelado a buena hora un escritor en posesión de todos sus medios y han hecho esperar con interés el libro que publicará cuando los de sus amigos le dejen tiempo.

He aquí entre tanto a "Dois Mundos", compilación que encierra precisamente esos cuentos y esas novelas cortas aparecidas en el curso de los últimos años, varios vueltos a hacer, ligeramente modificados casi todos.

El título del volumen es el del primer relato, deliciosa evocación de la infancia provincial del autor. Mientras que su padre, con entusiasmo mal reprimido, leía a algunos vecinos las historias llorosas de Pérez Escrich, transportada el alma por las aventuras de ese mundo ficticio, el hijo hundía los ojos soñadores en el paisaje marítimo que se extendía en la lejanía delante de él y en el crepúsculo lleno de presencias invisibles, entreviendo en la realidad de misterios muy numerosos, una riqueza de emociones que atraía de un modo distinto al de las novelas.

Desde este fragmento se nos ha revelado una de las cualidades dominantes del autor, su capacidad de crear una atmósfera. Todos sus personajes, aquí y allá, evolucionan en un medio real, cada vez diferente y cada vez verdadero. Si varios críticos autorizados le han atribuido, en los análisis que han publicado de su libro, una vocación de novelista, esto es debido sin duda, en parte, a esa facultad de crear de repente ambientes muy persuasivos y sólidos para que allí se desarrolle un movimiento de novela. Al mismo tiempo se nota allí la emoción discreta que flota sobre su relato y le comunica, sin ternuras sentimentales, esos tonos un poco flojos, esos contornos un poco esfumados que revisten los paisajes en que se sitúa.

Otro cuento en que el fondo está formado de reminiscencias es este admirable "O chapéu de meu pai" que por sí solo serviría para atestiguar una vocación literaria.

El sombrero del padre, muerto algunas horas antes, queda suspendido de una percha. Al espíritu del hijo la vista de este objeto inanimado que parecía distraerlo de su dolor, le recuerda los momentos del pasado cuando el sombrero, viviente él mismo, parecía integrar la personalidad de su dueño, ya cuando le cubría la cabeza, ya cuando se agitaba en su mano, arrojado algunas veces descuidadamente sobre un mueble o, en momentos de gozosa exaltación, lanzado al aire con entusiasmo. Todos estos instantes se suceden sin orden cronológico, obedeciendo a la incoherencia de la memoria en que riñen realidad y recuerdos, presente y pasado, y hasta las diferentes fases del pasado pelean entre sí. De su aparente desorden se destaca progresivamente, con un relieve magistral, la historia de una vida laboriosa y desapercibida, concentrada en algunos momentos y gestos cotidianos. Este cuento, de una técnica pirandelliana, presenta una fusión perfecta de dos dones de Aurelio Buarque de Hollanda: la emoción y la observación. Aquí su extraordinario sentido de determinar la dosis pone en valor todo un conjunto de detalles, insignificantes en sí mismos, pero que en sus manos de artista, se unen en un cuadro de rara fuerza evocadora.

Otros cuentos del volumen se colocan en el género de las reminiscencias personales, como un relato encantador de la primera confesión. Un retrato, "Retrato de minha avó", admirable de impasibilidad y exactitud, tiene el valor de un documento sociológico, pues representa acertadamente en sus muecas y en sus maneras de decir, a una dama de la época esclavista, envejecida en un egoísmo feroz y el menosprecio constante de toda aquello que no era del viejo y buen tiempo. El escritor, que conoce mejor que nadie el valor afectivo de la lengua, sabe realizar las expresiones curiosas, la sintaxis personal, el vocabulario individual en el cual una personalidad se revela a su manera. Y si por todas partes por donde él habla en su nombre, se admira la corrección sin esfuerzo y la elegancia fácil de su estilo, no se debe saborear menos el lenguaje pintoresco, característicamente errado o estropeado de Dona Cândida Rosa en su retrato, o de los personajes de otros cuentos, que hablan, cada uno en conformidad de su medio y de su rango social.

La facilidad con la cual el autor recorre todos estos medios, frecuentemente muy alejados del suyo, proviene de su talento de observador como de su intuición. Así, alrededor de la pobre mulata "Zé Bala", este residuo humano de tal modo desdeñado que nadie le cree cuando confiesa el homicidio que acaba de cometer sin saber cómo, él crea un pequeño mundo poco respetable pero muy divertido: la Noca, mulata muy airosa que maneja como quiere a su marido; el negro Milongué con sus pretensiones de dandy y su aureola de seductor, el coro de las ramerías que bordan sus comentarios sobre el asesinato y el comisario de policía que aplasta a sus colegas por la falsa aplicación de las teorías freudianas. Una fina malicia mantiene la historia a igual distancia del drama y de la comedia ligera y hace guardar al autor las proporciones de ambos extremos.

Se puede decir lo mismo de otra historia de provincia, "Filho e Pai", relato de una audiencia de jurado a la que el autor asiste durante un viaje al interior. El potentado local, acusado de asesinato y cuya culpabilidad no es un secreto para nadie, es absuelto por unanimidad. Se escucha al abogado defensor pronunciar su patético alegato y, poco después, murmurar las instrucciones bastante claras a los oídos de los jurados; se asiste a un banquete en honor de la inocencia triunfante; y se oye con sorpresa, al asesino y a su padre, éste respondiendo con indignación la acusación infame, aquél contando sin apremio cómo le ha sido difícil desembarazarse de su enemigo. La misma sonrisa apenas perceptible del narrador nos hace comprender sin muchas explicaciones y, poniendo las cosas en su debido lugar, nos dispensa de un juicio moral.

El mismo humor en estas dos historias es discreto y como filtrado, lo mismo que en otros cuentos la ternura se muestra reservada, en sordina. Así en "Moema", que encierra la historia de una tímida sonrisa de mujer, que ejerce una atracción irresistible sobre el narrador. Cuando en seguida, por una declaración imprevista, conmovedora de confusión y de pudor, ella le da la explicación dolorosa: el temor de dejar ver sus dientes postizos, que reemplazan a los verdaderos perdidos como resultado de un accidente estúpido, él siente de repente transformarse su simpatía en amor sincero.

Aurelio Buarque de Hollanda, él también, viene de ese Nordeste donde la savia nutre una parte tan importante de la literatura brasileña de nuestros días. El hace honor a este crigen, sin ser un escritor regionalista. Su libro refleja al Brasil como un todo, tanto en sus hombres como en sus paisajes. El se complace en presentar tipos universales adaptados a las condiciones brasileñas. Como ese valiente Joao Neves, pequeño funcionario con numerosa familia y ganancias mínimas, que se cansa del trabajo y se mantiene a fuerza de optimismo; el revolucionario Dr. Amancio, a quien sus artículos, cargados de alusiones feroces y de ataques fulminantes al orden social, no le valen sino cumplimientos convencionales de parte de aquellos que él quisiera aniquilar; el personaje abúlico de "Molambo", a quien el atractivo irresistible de zambas voluptuosas empuja progresivamente hacia el abismo de la embriaguez; "el escribano" Alberto Barros, ese repugnante arrivista que quiere hacer su ascensión por medio de cortesías ante los amos del momento; y en fin, el pobre diablo de "As coisas vao melhorar", a quien la insegura promesa de un aviso de periódico le hace columbrar un brillante porvenir.

Los cuentos de este último grupo no presentan de común más que su eje, que no es una intriga sino un carácter. Cada uno ofrece un personaje tomado de la vida, encuadrado en su ambiente y en su existencia y que vive una vida tanto más real cuanto que el autor le añade trazos pintorescos a su retrato. También hubieran podido ellos,

en parte al menos, entrar en el grupo no de los Cuentos, sino de los Retratos (distinción establecida por el escritor mismo) que actualmente no encierra más que dos fragmentos. Empero, en el fondo no obra sino una cuestión de terminología: si nosotros consideramos estos relatos como retratos llenos de movimiento y de dinamismo, algún lector podrá ver allí cuentos estáticos. En todo caso, nadie les negará ese scplot de vida por el que se reconocen las creaciones de un verdadero cuentista.

De los dos retratos así llamados por Aurelio Buarque de Hollanda, nosotros hemos señalado ya ese espléndido retrato de abuela cuya nitidez de líneas y la fuerza de la expresión recuerdan los lienzos de ciertos maestros. Añadamos "María Araqua", que representa con gran sobriedad de trazos una vieja negra, anciana esclava de la familia del autor y muestra una vez más, de qué manera le son accesibles las almas rudimentarias.

Dos cuadros terminan el volumen. El primero evoca una tradición popular, la fiesta de la *chegança*, con sus curiosas supervivencias portuguesas: hermosa página de folklcre, matizada de la emoción de la *saudade*. El otro, reproducido con la fría objetividad de una máquina fotográfica, nos comunica el escalofrío delante de las cabezas cortadas del bandido *Lampeao* y de sus cómplices, expuestas en una feria de provincia.

He aquí un resumen, sin duda muy imperfecto, de uno de los más bellos libros publicados en el Brasil en 1942. El epíteto no se refiere sólo al texto, puesto que artistas de renombre internacional como Santa Rosa, Augusto Rodrigues, Maria Helena, Arpád Szenes et Luis Jardim, han comprendido suficientemente el valor de la compilación y no han titubeado en adornar con ilustraciones este libro de un escritor "principiante". Este, por otra parte, tiene ya su lugar asegurado en la antología del cuento brasileño.

PAUL RONAI.

(Tradujo Mario Múnera Cambas, del original francés enviado especialmente para "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA").